EL OVIEDO DE PALACIO VALDES

POR

FERNANDO SEÑAS ENCINAS

I

Un docto viajero, con alma de artista, que recorría Asturias aproximadamente por los años en que empezaba a estar en el mundo nuestro D. Armando Palacio Valdés, experimentaba una de sus mayores decepciones al visitar Oviedo por primera vez. Imbuído su espíritu de nostálgicos recuerdos históricos, cuando esperaba hallar entre nosotros una especie de ciudad arqueológica, se encontró, por el contrario, con la sorpresa de «una ciudad rejuvenecida, más risueña que lóbrega, más pulida que grande, más animada que silenciosa», y sin ningún carácter de monumentalidad, como León y Toledo. Apenas si quedaban ya vestigios de la muralla ni de las puertas de la ciudad, y mucho menos de los palacios y construcciones de los Alfonsos ovetenses. Casi toda la urbe aparecía cambiada, regularizada y hasta embellecida a los ojos del defraudado viajero quien, llevado de sus aficiones, acabó por sumirse en la misteriosa penumbra de nuestra Catedral para aspirar con deleite el yerto hálito de los siglos pretéritos.

Pues este Oviedo, tan remozado al parecer, a juicio del román-

tico visitante, va a ser poco más o menos el mismo que llegará a conocer Palacio Valdés, al trasladar años adelante su residencia de la encantadora villa avilesina a la cabeza del Principado de Asturias, con objeto de emprender los estudios de segunda enseñanza. De ahí que casi no discrepe de la del viajero antes aludido la impresión que al futuro novelista habrá de producirle nuestra capital. De ella nos dirá que «no ofrece apenas, en su aspecto material, nada que pueda fijar la atención y hacerla interesante. Asentada sobre el lomo de un verde collado, sus contornos son bellos, como lo es toda la provincia, pero sin relieve; las calles, en general, estrechas e irregulares, el caserío mezquino con pocos edificios notables que lo decoren. Aunque fué corte en los primeros tiempos de la Reconquista, lo fué por tan breve tiempo (siglo y medio no es de tan corta duración) y en época tan remota, que apenas quedan huellas monumentales de su realeza». Lo único que encantaba a D. Armando, eso sí, era la torre de la Catedral, «la más esbelta, la más armónica, la más primorosa de cuantas existen en España».

Mas, en todo caso, sólo se trata aquí de la urbe, no de la ciudad. Con cierta sutileza verbal los romanos y los griegos solían distinguir *civitas* y *polis*, esto es, los habitantes, los moradores, el conjunto de ciudadanos, de *urbs* y *astu*, a saber, el núcleo de edificios, el caserío, el aspecto exterior. Con una palabra venían, pues, a significar el cuerpo, y con la otra el alma de la ciudad. Así Solón, hablando una vez con el escita Anacarsis en uno de los famosos *Diálogos* de Luciano, le expresaba su opinión acerca de lo que era una ciudad y establecía una diferencia análoga a la que señalaban las dos mentadas parejas de vocablos clásicos. La ciudad,—le manifestaba poco más o menos,—no es para nosotros únicamente un conjunto de construcciones, eso es el cuerpo de la ciudad; la esencia de la ciudad está para nosotros en los ciudadanos, que son el alma de la ciudad. Teniendo esto en cuenta cuidamos, como ves, el cuerpo de la ciudad, lo adornamos para embellecerlo todo lo posible, dotándole de edificios en el interior y cercándole

exteriormente de fortificaciones para su mas completa seguridad. Pero nuestro cuidado principal es tener ciudadanos de cuerpos robustos y de almas rectas...

Fijados, por tanto, ambos conceptos, vamos primero a intentar decir algo de cómo era nuestra urbe hacia mediados del siglo XIX, tal como fué entrevista por Palacio Valdés, a través de la dorada niebla de los años felices de su infancia, para luego extender esa referencia a la ciudad propiamente dicha.

II

El casco urbano del Oviedo de mil ochocientos cincuenta y tantos no excedía en mucho del antiguo recinto amurallado, ya casi sin murallas, hallándose en vísperas de adquirir un crecimiento extraordinario la parte de extramuros paulatinamente engrandecida. Dentro de la acrópolis o circuito catedralicio, al que una Guía coetánea denominaba Monte Santo, aun existían la vetusta iglesia de San Juan el Real, en la hoy calle de Schulz, y la capilla de San Nicolás, con su campanita, en la de Cimadevilla, y permanecía sin clausurar el callejón de San Tirso, que comunicaba la de San Antonio con la de la Platería. No quedaban ya ni arcos ni puertas, en efecto, y sólo nombres, como el de la calle de Tras la Cerca, despertaban ecos de remotas edades. Empezaba a formarse la «magnífica calle de Campomanes con sus ostentosos edificios», así como las de Santa Susana y Martínez Marina, a las que luego seguirían, perforando la luenga calle del Rosal y trazadas a campo traviesa, las de Fruela y Uría; y más tarde, las de González del Valle, Pidal, Gil de Jaz, Conde de Toreno y otras.

Pocos años hacía que el viejo teatro del Fontán había sufrido una renovación casi completa, a pesar de lo cual seguía siendo el «antiguo corral de comedias que amenazaba ruina y daba entrada gratis a todos los vientos de la rosa náutica». También en lo alto del secular bosque del exconvento de San Francisco acababa de construirse, invirtiendo en la obra parte de los materiales de la

derruída capilla de la *Magdalena del Campo*, el gran paseo del Bombé, así llamado por su forma combada, bombeada; paseo amplio, arenoso, en forma de salón, al que concurrían los disantos, a la caída de la tarde, las encorsetadas y ensombreretadas damiselas ovetenses, repleto el pecho de un enjambre de ilusiones almacenadas durante la semana y volviendo de ordinario a casa con bastantes menos. Los días laborables sólo paseaban por él, en las tardes de sol, grupos de clérigos y militares, desplegados en ala, o pandillas de indianos que disputaban en voz alta sobre los cambios o el valor de los solares de las calles recién abiertas.

Era, pues, Oviedo muy poquita cosa: un exíguo y oscuro montón de viviendas chatas, humilladas a los pies de la señera torre de la Catedral, una minúscula e insignificante urbe, de alrededor de quince mil habitantes, que denotaba en su actitud haber sido vasalla de la Iglesia, como lo fué desde su origen, debido, según se sabe, a una inspiración religiosa que le imprimió carácter para siempre. No en vano Alfonso II había dedicado al altar de San Salvador «omnem Oveti urbem».

Se comprende que nadie se atreviera a levantar entonces la cabeza más que su airosa Torre, de que tan ufanos se sentían todos los ovetenses. No existían, como hoy, soberbios e insolentes edificios con la pretensión de entablar con ella el diálogo y procurar achicarla.

Las calles cortas, estrechas, desiguales, mal empedradas de gruesos y puntiagudos guijarros, que despedían centellas al choque enérgico de los cascos de las caballerías, estaban casi siempre húmedas, ya que llovía sobre mojado. Algunas ostentaban brotes de hierbas y florecillas silvestres, con tendencia a formar un embrión de prado, en los parajes de menos tránsito. Calles y callejuelas, en general, sombrías durante el día, y en una semioscuridad, grata a los enamorados, durante la noche, pues sólo las alumbraban reverberos de aceite con grandes mariposas de hojalata, engastados en las esquinas, y tan de trecho en trecho que no parece sino que el Ayuntamiento contaba con el alumbrado com-

plementario de las altas esferas que, en un país como el nuestro, casi siempre fallaba. Hasta 1860 no hubo en Oviedo faroles de gas, que alternaban en los suburbios con los de petróleo. Por este mismo tiempo ya conocía Gijón los focos eléctricos, en exhibiciones espectaculares, así como el ferrocarril, inaugurado en 1852. En el interior de las casas se alumbraban los ovetenses con quinqués de aceite, provistos de pantallas verdes, o con bujías céreas, como en la época visigótica, luciendo éstas en vistosas arañas y candelabros dentro de las mansiones señoriales.

El caserío, que se iba renovando al compás de los tiempos, si bien al *ralentí*, no ofrecía particularidades dignas de nota, fuera de media docena de lóbregos caserones con ínfulas de palacios, diseminados por distintos puntos de la urbe y que, salvo uno, a que aludiremos más adelante, no se remontaban mucho más allá del siglo XVIII, en cuyos blasonados frontispicios de sillares ennegrecidos por la humedad y patinados por el tiempo se destacaban caprichosos balconajes de hierro que solían engalanarse con magníficos reposteros al paso de las procesiones solemnes, como la del Corpus, que desfilaba sobre verde alfombra de frescas espadañas y aromático hinojo.

Como nota curiosa podían aun observarse algunas modestas viviendas con escaleras exteriores de piedra y casonas de tipo semirural, aparejadas de largos corredores y descomunales tejaroces, arquitectónicas reminiscencias de la ciudad campesina que había sido en otros tiempos. Porque Oviedo nunca ha perdido de vista el campo; todavía no ha mucho aparecían al fondo de sus calles risueños paisajes y pintorescas montañas, mas poco a poco, debido a su crecimiento, se han ido cerrando los horizontes por los cuatro puntos cardinales y, con tanto multiplicarse la población beneficiada por el éxodo del agro, sólo hay que temer que, si antes la ciudad estaba en la aldea, no vaya a ocurrir ahora a la inversa, y venga a estar la aldea en la ciudad.

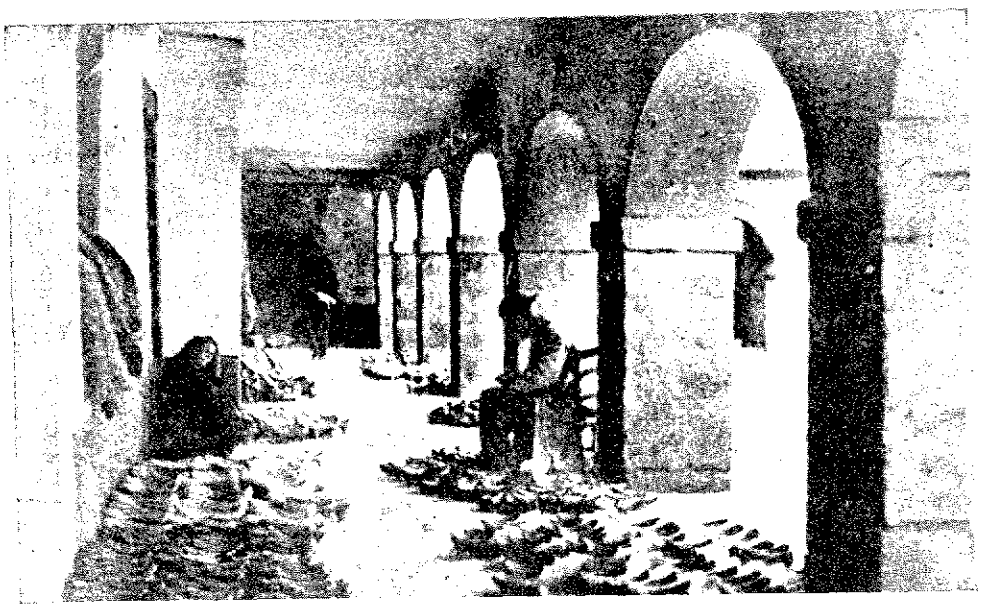
En el transcurso del siglo desaparecieran los últimos hórreos que se levantaban dentro del casco urbano, las típicas casitas con arcos y soportales, la famosa «casa de los linajes» en la calle de la

Herrería, la torre cuadrada del Ayuntamiento y el Real Castillo o Alcázar de la ciudad, morada de merinos y corregidores, el cual, tras la frustrada voladura de los franceses, acabó por ser reconstruído con destino a cárcel de hombres en el lugar que actualmente ocupa el gallardo edificio de la Telefónica.

De cuando Oviedo se llamaba San Salvador—todavía a principios del siglo XVIII lo llamaba San Salvateur ou S. Sauveur el peregrino francés Guillermo Manier - sólo subsistía al final de una de las calles más céntricas, la de la Rúa, la que en la Edad Media fuera «rúa mayor», un edificio anacrónico, el más arcaico de la urbe, con severo aspecto de fortaleza más que de mansión señorial, el que, con otros ilustres restos de las primitivas iglesias de San Tirso y de San Juan el Real, así como la Basílica, se había salvado del horroroso incendio que en la noche de Navidad de 1521 destruyera la mayor parte de Oviedo. La mayor parte, y no toda la ciudad, conforme se asevera en una curiosa información testifical, hecha a raíz del siniestro, donde declaraba uno de los testigos: «se quemó toda la ciudad y las casas e iglesias y hospitales de ella y la iglesia mayor se incendió y los palacios del señor obispo y no quedó en la dicha ciudad sino algunas casas de los canónigos».

La mayoría de las viviendas tenían los cristales sucios y emplomados y sobre ellas gravitaba un cielo uniformemente plomizo, del que de vez en cuando descendía una lluvia mansa y menuda que arrancaba tristes reflejos a los tejados y empedrado de las calles. Del tono austero de los edificios sobre los que resaltaba, como símbolo de dominio espiritual, la flecha calada de nuestra Catedral con su «ritmo incontenible de vuelo», postrer llamarada del gótico, los únicos discordantes por sus colores claros y chillones y su arquitectura revolucionaria eran los que, sustituyendo por la vertical la predominante construcción horizontal, comenzaban a levantar, con aires de desafío, lejos de la torre y de los grises caserones de los nobles, el oro indiano y las onzas de los mercaderes de allende el Pajares, aquí enriquecidos, en la zona que había de ser con el tiempo el nuevo Oviedo.

Siguiente



Del Oviedo de Palacio Valdés.—El mercado de madreñas, bajo los soportales de la plaza de la Catedral

Un detalle del viejo San Mateo. — Los «xigantones» de «entonces»

La calle de los comercios era la de la Magdalena. Por cierto que no desplegaban aquellos gran lucimiento ni estaban tampoco muy bien surtidos. Un elegante de la época no había encontrado en ninguno de ellos camisetas de seda. Los cafés se hallaban instalados en la de Cimadevilla o de la Rúa, ocupando los pisos principales, por no usarse entonces los bajos con destino a esta clase de establecimientos, y en cuanto a comodidad, aseo y ornato dejaban bastante que desear. Habría de pasar mucho tiempo antes de que se estableciese en uno de los bajos de la calle de Cimadevilla un magnífico café con mesas de mármol, espejos colosales y doradas columnas como los más elegantes de Madrid.

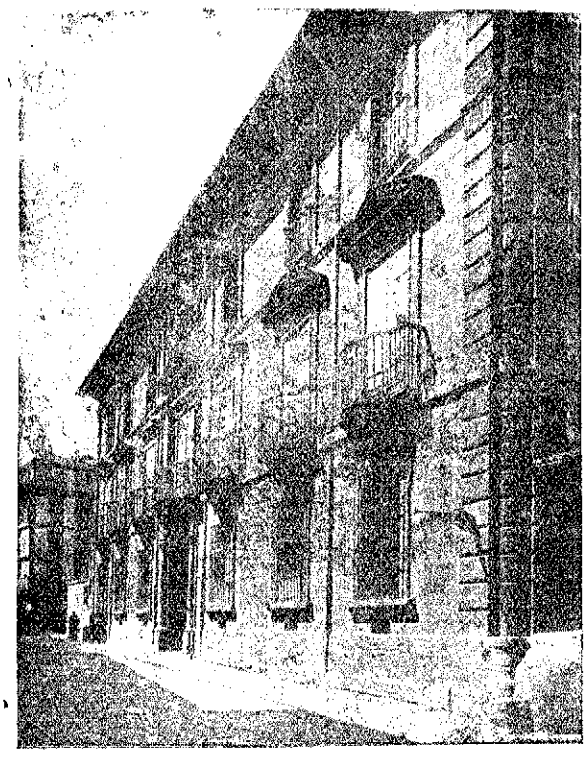
En los rótulos de calles, plazas y plazuelas aun no se leía casi ninguno de esos significativos nombres que hoy evocan en nuestra memoria la conturbada historia política del siglo décimonono. Muchas de las calles estaban bajo la advocación de los santos, de los luminares celestes o de algún héroe legendario. Otras exhibían la denominación de oficios que recordaban los gremios medievales. La influencia del Cabildo se hacía sentir por todos los rincones de la vieja ciudad. Los canónigos tenían su calle y existían además las llamadas casas del Chantre y del Deán. Uno de los parajes clásicos de la ciudad lo constituían los Cuatro Cantones, así llamados por confluír allí cuatro de las vías principales: las de San Antonio, Canóniga, Herrería y Santa Ana. Estas y otras vías inmediatas a la Catedral eran las más frecuentadas de clérigos con sus rozagantes manteos de un negro lustroso y enorme sombrero de teja, o de beatas, tocadas de mantilla, que, según las horas del día, caminaban con planta presurosa a la santa misa, al rosario o a la novena.

Las campanadas graves, pausadas, solemnes, del gran reloj de la Catedral, regían el horario de la ciudad y de sus alrededores, oyéndose hasta más de media legua de distancia. Los vecinos, casi todos aseñorados, comían generalmente a las dos. A las tres estaban de sobremesa o reposando, mientras allá en el coro de la Ba-

sílica la salmodia de los canónigos resonaba profundamente en la oquedad de las altas bóvedas.

La circulación de peatones, fuera de Cimadevilla, así como de tránsito rodado, si escasa por el día, era casi nula por la noche. El paso de un coche nunca dejaba de llamar la atención y suscitar comentarios.

Al oscurecer llegaba con su alegre campanilleo la silla de posta a la plazuela de la Catedral, donde la estaban esperando grupos de curiosos, ávidos de enterarse de las novedades de la corte. No existía en Oviedo prensa diaria y sólo había un periodiquito que se publicaba los domingos. Hasta 1856 no aparece el primer diario al que los ovetenses, siempre con el sentimiento nostálgico del mar, impusieron el título de «El Faro Asturiano».



Calle de Santa Ana Palacio de Velarde, donde pone Palacio Valdés la acción de «El Maestrante», que en la realidad no ocurrió en él

Tampoco había costumbre de trasnochar. Los contados noctámbulos con que, pasadas las once, se tropezaba uno por las calles eran aquéllos que salían de alguna tertulia o sarao o se dirigían al Casino a jugar al monte o a la lotería de cartones. El pesado silencio nocturno sólo era perturbado de vez en cuando por el sereno que, con voz aflicta de ánima del Purgatorio, cantaba las horas, añadiendo la inevitable coletilla «...y nubladooo», o bien por algún beodo filarmónico y locuaz que, a través de la calzada, iba trazando esa que han dado en llamar curva de la felicidad, y a veces también por cierto excéntrico caballero de rancio abolengo a quien le daba la borrachera por salir a media noche a recorrer, a caballo, las rúas solitarias de la urbe, acompañado de un criado, jinete en su palafrén. Los fogosos bridones de amo y escudero levantaban tal estruendo en las empedradas calles, alterando su paz conventual, que parecía que atravesaba la ciudad todo un escuadrón.

A pesar de las minúsculas proporciones del caserío y de lo reducido de su vecindario, privado todavía, por falta de comunicaciones, de esa marea humana de flujo y reflujo diario que se conoce bajo el nombre de población flotante, no se crea que era Oviedo una ciudad silenciosa. Sin contar con el insistente zumbido de las campanas de las iglesias, el alboroto de los corrillos de Cimadevilla, ya en medio del arroyo o guarecidos en los portales, el disparo abusivo de cohetes por cualquier fútil motivo, los pregones barrocos de afiladores y paragüeros, juntamente con los gritos de vendedores ambulantes, y las agrestes voces de los aldeanos del contorno, avezados a comunicarse a distancia, el martilleo, a mayor abundamiento, de las ferradas almadreñas sobre el empedrado de la calzada y las losas de las aceras producían un estrépito incesante, un concierto horrísono, sobre todo los días de mercado. Además, por la angostura de las calles, los vecinos vivían como en comunidad, hablándose desde los balcones fronteros y tendiendo a veces, de una a otra banda, un puente de risas y algazara, capaz de volver tarumba al taciturno Harpócrates, dios

del silencio. Y ello se debía a que las inclemencias del tiempo obligaban a hacer mucha vida casera y los moradores, en forzada clausura y faltos de distracciones, necesitaban tener algún desahogo.

Llover, llovía bastante más que ahora. Según datos meteorológicos tomados en el Observatorio de Oviedo, a mediados del pasado siglo, los días de lluvia excedían de los de la tercera parte del año, y entre los nubosos y cubiertos llegaban a pasar de los trescientos. Nueve meses de melancólica cerrazón o de atmosféricas mudanzas, como diría D. Fermín Canella. Semanas y meses transcurrían «sin ver el cielo», según dicho popular, cayendo la lluvia monótona, triste, multiforme, en ciertos casos con pertinacia desesperante, ya en diagonales como latigazos, azotada por el viento, ya perpendicular y reciamente, haciendo retumbar de un modo fúnebre el parche combado de los paraguas, o ya en hilos tenues que, entrecruzándose, formaban una tupida malla joyante que esfumaba la ciudad... Pero lo «clásico» en la urbe era ese polvillo ácueo, al que denominan en la tierra asturiana *orbayu* o calabobos, y que, a los ovetenses nos gusta más llamar «marea», por forjarnos la ilusión de algo importante que nos falta. Así ha podido decirse que «Oviedo tiene un cielo palpable que desciende hasta la tierra en *orbayu*, en finísima lluvia».

Dado el mal estado del cielo y del suelo, se comprende que los paraguas y almadreñas fuesen prendas indispensables, casi de uso diario, en todos los hogares. Hoy el paraguas, sin haber perdido su utilidad, a punto está de ser abolido, al revés de las leyes, por el desuso, y las madreñas se han convertido en un objeto folklórico. El uso de éstas se hallaba tan generalizado que no era raro ver a señores respetables, de levita cerrada y chistera, calzando zuecos. Cuéntase a este respecto que vino una vez a Oviedo un madrileño y fué presentado en el Casino, a donde acudía todas las tardes a jugar al billar con algunos socios. Una tarde, con motivo de salirle mal una jugada, se puso furioso y soltó un *taco* re-

dondo. Sus compañeros le llamaron la atención, diciéndole uno de ellos:

—Repórtese, caballero, que está usted nada menos que en el Casino.

A lo que el amonestado replicó colérico:

—Qué Casino ni qué ocho cuartos... si se sabe el número de socios por los pares de madreñas que hay en el portal!

En cuanto a las curiosidades que encerraba entonces la población y se mostraban a los forasteros eran cuatro: el teatro del Fontán, las reliquias de la Catedral, la torre, esbelta y elegante como pocas en España, el acueducto de los Pilares y el gabinete de Historia Natural de la Universidad, donde había un corpulento oso disecado que proporcionaba morrocotudos sustos a los desprevenidos visitantes. El «Carbayón», como muchos grandes hombres, no se hizo famoso hasta después de su muerte.

Y, tras haber recorrido nuestra urbe, sirviéndoles yo de modesto «cicerone», pasemos ahora a decir algo de la ciudad *strictu sensu*.

III

En una de sus mejores narraciones novelescas nos refiere «Clarín» que en un rincón del Casino celebraban tertulia, desde tiempo inmemorial, los socios fundadores. De pronto pasaba un socio cualquiera y, si no le conocía alguno de aquellos socios fundadores, preguntaba:

—Quién es ése?

– Ese es hijo de... nieto de... que casó con..., que era hermana de...

Y, como las cerezas, salían enganchados por el parentesco casi todos los vetustenses. Esta conversación terminaba siempre con una frase:

—Si se va a mirar, aquí todos somos algo parientes.

Ello no se desviaba mucho de la verdad. Los vecinos de rai-

gambre local venían a constituir por aquellos tiempos como una extensa familia, en la que no faltaban, al igual que en las demás, las desavenencias de muchos de sus miembros. Pero todos parecían ser ramas multiplicadas de un mismo tronco y de ahí que, sin incurrir en el riesgo de absurdas generalizaciones, se pueda hablar algo del carácter que ofrecía antaño nuestro pueblo, donde ante todo hay que reconocer que había muy poco *pueblo*. Quiero decir que casi todos eran señores o aparentaban serlo.

Residían en la ciudad hasta una docena de títulos nobiliarios y el sesenta por ciento de la población estaba constituido por hidalgos más o menos acomodados. Completaban el resto del censo, aparte de un gran número de clérigos, indianos, estudiantes, empleados de oficinas públicas, en fin, clases económicamente pasivas, o, lo que viene a ser lo mismo, señores.

De los tres brazos tradicionales, el eclesiástico era el más poderoso todavía, a pesar del proceso secularizador abierto por las Cortes de Cádiz y de haber anunciado pomposamente Pi y Margall por aquellos días, en su libro «Reacción y Revolución», la próxima desaparición del Cristianismo, a lo que se había adelantado a dar la adecuada respuesta el filósofo Jaime Balmes en sus «Cartas a un escéptico en materia de religión». Bien es verdad, por otra parte, que el reciente Concordato había favorecido mucho los intereses de la Iglesia y acababa de fallecer, siendo un respiro para ella, el más formidable enemigo del culto y clero en España, esto es, Mendizábal, cuyo nombre se perpetúa en una de nuestras calles. La nobleza, a la que habían dado un golpe mortal las leyes desvinculadoras, se hallaba en plena decadencia, y en cuanto al brazo popular, tan flaco todavía, aun no había empezado a agitar los puños.

Los canónigos, entre los que tal vez se contase algún sucesor de aquel Gil Pérez, tío del pícaro Gil Blas de Santillana, formaban una especie de casta privilegiada que merecía los respetos de la población entera. Dignidades o prebendados de oficio y hasta meros canónigos deambulaban por las calles con paso mesurado

y ceremonioso, recibiendo las salutaciones de los transeúntes, alguno de los cuales, chapado a la antigua, se acercaba a hacerles alguna reverencia y besarles la mano, entablando luego con ellos un discreto coloquio acerca de las «cosas» de la diócesis.

También los estudiantes universitarios, y conste que lo eran todos, tanto los de Bachillerato como los de Facultad—por hallarse instalado el Instituto en el mismo edificio de nuestro primer centro docente—constituían su casta no menos respetable. Mientras la Universidad permanecía reclusa en sí misma, sin atreverse a respirar el aire de la calle, bien se ventilaban por ella los alumnos de Minerva desgastando la suela de los zapatos contra el empedrado de las rúas. A los futuros bachilleres les infundía tal entono el hábito de codearse en el claustro con los que cursaban Jurisprudencia que más que chicuelos parecían ya próximos letrados. Después de las clases, Palacio Valdés, con otros compañeros, menudeaba sus andanzas por el «embudo» de Cimadevilla. Como buenos discípulos de la escuela peripatética, promovían en ella a cada paso acaloradas disputas sobre cuestiones gramaticales, atrayendo hacia sí con su vocerío perturbador las miradas curiosas o irritadas de los circunstantes. «No se dice *coaligarse*—afirmaba una vez, rotundamente, uno de ellos, rubio, nervioso y menudo, con voz seca y destemplada—eso es un barbarismo, se dice *coligarse*». Al oirle ponían punto en boca todos los demás, pues acababa de hablar una autoridad. Al parecer, esta autoridad de la Lengua—que nunca ocupó un sillón académico, no obstante haber contraído méritos suficientes para ello—poseía en su casa un arma secreta, un Diccionario de galicismos, con la que infería no pocas heridas mortales a sus inermes camaradas.

Pasear se paseaba de lo lindo y a todas horas, en cuanto el tiempo lo permitía, que era una de las cosas que mejor sabía hacer el vecindario. Nadie tenía nunca prisa, porque, gracias a Dios, no pesaban sobre los ovetenses quehaceres apremiantes que les impidiesen disfrutar de tales esparcimientos. Claro está que con sus hábitos señoriales heredados tampoco gozaba entre ellos de

gran predicamento el trabajo, al que reputaban como cosa servil. Las ocupaciones laboriosas, por lucrativas que fuesen, principalmente el comercio y la industria, que iniciaba su desarrollo, las dejaban en manos de quienes tenían más pobre concepto de la dignidad humana, en general, las gentes de fuera que iban invadiendo poco a poco las entrañas de la ciudad. Los hijos del país, en tanto, se dedicaban a saborear con verdadera fruición los ratos de ocio, considerándolos como un regalo de los dioses, y a fe que no andaban muy descaminados en ello, si se tiene en cuenta que el estado de perfecta felicidad había sido el de nuestros primeros padres antes de caer en desgracia, es decir, cuando no trabajaban. Con tales prácticas y principios bien pudiera creerse por observadores superficiales que nuestra ciudad rebosaba de desocupados. Nada de eso. He aquí, por vía de ejemplo, contada por el propio Palacio Valdés, la vida que hacía a la sazón uno de nuestros convecinos. A las once o las doce de la mañana salía de casa y se iba a una confitería de Cimadevilla donde hallaba sabrosa compañía que le enteraba de todos los cuentos y chismes que corrían por la población. Después introducíase en la trastienda oscura, grasienta, pringosa, con un olor a hojaldre que derrribaba, y se ponía a jugar en una mesa la copa de jerez y los pasteles al dominó. En cuanto comía se marchaba al Círculo Mercantil a jugar de nuevo con tres o cuatro indianos el clásico chapó y más tarde a casa del Deán para ventilar el tresillo cotidiano y, por último, asistía a varias tertulias nocturnas. Como se ve, este «desocupado» tenía el día bien ocupado y, en realidad, no sería justo aplicarle tal calificativo.

Un pueblo así, tan libre y despreocupado, no podía por menos de ser un pueblo pacífico. Y, en efecto, no se conocía en su ya larga historia ningún período turbulento provocado por él, y si alguna vez tuviera que apelar, como «última ratio», a los atributos de Marte había sido tan sólo por mantener los fueros de la paz que los foramontanos alteraran. Ni aun la política que suele ser trágica en los pueblos y encender las pasiones solía producir en-

tre nosotros graves trastornos, debido a que ni las ideas constitucionales ni las de los partidos reaccionarios despertaban, al parecer, grandes entusiasmos, o más bien, no nos daban ni frío ni calor. «Entre los enemigos políticos—nos dice el novelista—nada de injurias soeces, ni de miradas melodramáticas, ni de pedradas o tiros por la noche. Los más encarnizados adversarios se encuentran en Altavilla (Cimadevilla), punto céntrico de la población, se saludan, se sonríen, se forma círculo de amigos en torno de ellos y comienzan a embromarse alegremente». Y esto acontecía por la

El Oviedo de Palacio Valdés. - Aquélla Cimadevilla..!

sencilla razón de que aquellos ovetenses, predecesores nuestros, no creían que la vida fuese una cosa seria y mucho menos la política. No es, por tanto, de extrañar que, dada la índole pacífica de los moradores, bastasen a mantener el orden público cuatro guardias municipales, objeto de rechifla por parte de los mozalbetes. Uno de esos guardias se había hecho popular por la insignificancia de su nariz parecida a un botón de timbre eléctrico. Por la misma causa antes apuntada no había regimiento para guarnecer la ciudad, pero las *fuerzas vivas* de la población consiguieron que al fin se la dotase de un batallón, cuyos oficiales causaron estragos en las nutridas filas de la hueste femenina.

Asimismo mantenía ya nuestro pueblo su carácter hospitalario, virtud adquirida sin duda en los tiempos heroicos cuando aquí se prestaba generoso asilo a los innumerables fugitivos de la España musulmana. La verdad es que Oviedo siempre fué una ciudad abierta, pese a sus muros; siempre abrió los brazos y acogió con una sonrisa amable a todo el que vino de fuera, procurando facilitarle el camino para su enriquecimiento o prestigio, mejor que a los de casa, lo que contribuye al buen concepto que de nuestra ciudad suele formarse el forastero y que, por mucho que nos engañe la vanidad local, no debe atribuirse todó a lisonja. La prueba de que los forasteros se encuentran muy bien entre nosotros es que son numerosos, numerosísimos, los que llegan a avecindarse aquí y con el tiempo apenas se diferencian de los autóctonos, haciéndose a su modo de ser y de sentir, hasta el extremo de que yo he conocido en mis mocedades a un señor muy respetable que pasaba justificadamente por un ovetense de pura cepa y de los de más arraigo en la ciudad y cuál no sería mi sorpresa cuando descubrí un día que no era asturiano ni por la sangre ni por el nacimiento. Esto me hizo recordar a aquel personaje de «La Regenta» que decía:

«—Yo amo la patria, es claro, soy aragonés de corazón, y digo lo que el poeta, que es muy feliz el que no ha visto

más río que el de su patria;

pero yo soy a estas horas más vetustense que otra cosa...»

Tampoco ninguno de los cronistas de Oviedo señalaba por este tiempo, como carácter distintivo de nuestro pueblo, la oposición a las instituciones o a la legalidad establecida, aunque debe hacerse constar que, cuando las personas que las encarnaban aparecían a sus ojos ridículas, o presuntuosas, o simplemente majaderas, no sentían escrúpulos mis ilustres paisanos en faltarles al respeto y burlarse aviesamente de ellas, de las personas, se entiende, no de las instituciones.

Prevalecía también la opinión de que Oviedo era un pueblo «muy aburrido», especialmente entre los que aun contaban sus años por floridas primaveras. Así que en las conversaciones de los jóvenes de uno y otro sexo, cuando estaban fuera de su ciudad natal, solía oirse a menudo esta cantinela:—Qué aburrido es Oviedo ¿verdad?—¡Aquellos eternos paseos del Bombé! ¡aquel campo de San Francisco! ¡aquella torre de la Catedral tan negra y tan triste!—Luego, siempre las mismas caras...

Esto se explicaba entonces por la carencia de diversiones, pero es el caso que hoy, que se han multiplicado tanto, siguen repitiendo los jóvenes idéntica cantinela, por lo que habrá que concluir que el gusanillo del aburrimiento es una especie de parásito endógeno, es decir, que lo llevamos dentro.

Al recibirse la noticia de la llegada de una compañía dramática o de ópera para ofrecer al «respetable público» la representación, por ejemplo, de *Don Juan Tenorio*, que tanto escandalizaba a la gente timorata, o la audición de *Sonnambula*, o al anunciarse que el Casino daría una reunión de confianza, se alteraba la paz de las familias donde había personillas en estado de merecer. Tales acontecimientos rompían la monotonía de los paseos en el Bombé, la asistencia a las tertulias caseras o a los cultos solemnes de las iglesias, sobre todo cuando había algún predicador de moda, casi las únicas distracciones con que contaban los pollos y las niñas casaderas.

Al oscurecer, cuando salían del obrador las modistillas y chale-

queras, a no ser tiempo de vela, se organizaba el paseo llamado de la *chinela* por las calles de la Magdalena y Cimadevilla, formándose más tarde el de las señoritas de la clase media baja. Las de la alta tenían a menos pasear por allí a tales horas.

A fin de que no se aburriesen estas chicas «bien», durante la temporada invernal, los socios del Casino proyectaban bailes de confianza cada quince días, los cuales tenían que suspenderse muchas veces, pues por tiquismiquis de las bellas ovetenses, al no querer presentarse «primero que las otras» en el salón del Casino, faltando a las leyes del buen tono, tan escrupulosamente observadas por ellas, unas por otras no acababan nunca de arrancar de casa y, como reinaba entre ellas tan rara unanimidad, el resultado era dejar plantados a los pollos de levita cerrada que las estaban esperando impacientes toda la noche.

Las tertulias caseras constituían otro de los mejores recursos para pasar agradablemente las interminables veladas del invierno. Venían a ser en aquellos tiempos como un sustitutivo de lo que es hoy el *cine* en los nuestros, y empezaban a funcionar a primeras horas de la noche, siendo como una prolongación de las trastiendas o reboticas donde, durante el día, se libaba con deleite la miel dulciamara de la murmuración. De estas tertulias caseras había muchas y de varias clases y categorías, y algunas hasta no toleradas para menores, viéndose todas muy concurridas. Así, por ejemplo, una encopetada señora muy piadosa, que vivía sola en su sombrío palacio, tenía su tertulia desde el toque de oración, pero de clérigos solamente. A las nueve en punto se despedían indefectiblemente las sotanas. Otra dama, de análogo rango social, aunque más mundana, reunía en torno suyo a la *élite* de la sociedad femenina ovetense de su mayor intimidad, hablándose entre ellas, como es corriente, de trapos, de noviazgos, de proyectos de boda o del estado decadente del servicio doméstico, mientras su opulento esposo, abrigado con una talma de color gris, cerrada al cuello con broche de oro, no lejos de la chimenea donde chisporroteaban trozos de leña, formaba grupo aparte con sus conter-

tulios, que jugaban al tresillo o trataban de cuestiones de politiquería local. De vez en cuando abría dicha dama los salones de su caserón a las amistades menos íntimas y a los restantes conocidos, celebrando conciertos, reuniones de más o menos confianza que las del Casino y también, en las grandes solemnidades, bailes de etiqueta, en los que las jóvenes parejas no se hartaban nunca de valses y rigodones. La dueña, rebosante de satisfacción con tales fiestas, espetaba a las personas mayores su frase sacramental: «no quería privar a las pobres chicas del único recreo que hoy por hoy tienen en Oviedo». Empero la tertulia más simpática y más antigua en la población era sin duda alguna la de unas solteronas, ya de mucha andadura, que, acaso arrepentidas de haberse marchitado en su propio rosal, se creían en la obligación de practicar la obra de misericordia de casar a todas sus congéneres—lo que conseguían siempre, aunque se tratase de una escoba con faldas—y en su modesto, pero pulcro pisito de una retirada calle, se complacían en recibir determinados días de la semana, hasta las doce de la noche, a las nuevas polladas de uno y otro sexo, quienes disfrutaban allí de las más amplias libertades compatibles con el pudor de las veteranas doncellas, siendo esa tertulia la amorosa fragua donde se forjaba la dicha o la desdicha conyugal de muchos de los asistentes.

Atentos a la variedad de aspectos de esta revista retrospectiva, nos toca ahora decir que el amor adoptaba, por lo común, una actitud recatada, limitándose al simple contacto de las miradas y a suspirar en secreto por el objeto de sus ansias, en tanto no se formalizasen las relaciones. Las parejas, desparejadas, solían hacer telégrafos, como entonces gustaba de decirse—recién implantado estaba en nuestra capital el nuevo invento—estableciendo la comunicación desde los balcones a la acera de enfrente, burlando así la vigilancia estrecha de los padres y la curiosidad de los vecinos. Era aquella una época de perfil romántico, de muchas ojeras y rizadas melenas, de ojos sentimentales y enternecidos, en que los galanes enderezaban fogosos versos a su adorado tormento y

las damas leían a «Carolina», la novela de Oviedo, publicada por aquél entonces. También leían las «Doloras» de Campoamor, pero a escondidas de sus rigurosos papás, que no consideraban al autor apto para doncellas núbiles. No es de extrañar que las inocentes niñas se sintiesen *electrizadas* al leer aquella *Dolora* que comenzaba:

Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada
¿por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcán! ¡Muero abrasada!
¡No me mires *así*!

Mas, a pesar de tanto romanticismo o quizás por él, no dejaban de ser frecuentes los escalamientos de moradas y el rapto de Elenas. Se conocían matrimonios ya maduros que arrastraban consigo, como si llevasen colgado un sambenito, ese pecadillo de su lejana y alocada juventud. Y no es que las féminas pudiesen lucir bien el talle, como ahora, despertando la curiosidad de los varones, porque el complicado indumento femenino de la época alteraba de tal suerte las formas del bello sexo que los enamorados no tenían a veces ni la más remota noción de cómo sería el cuerpo de la amada y jamás llegaban a saberlo hasta la hora de la verdad. Un poquito de pierna que dejase entrever al descuido cualquiera de las hijas de Eva—tan arropadas hasta los talones que no las reconocería, si volviese al mundo, la madre del género humano—constituía para muchos un delicioso encanto.

Todo esto, como es natural, iba a parar tarde o temprano al casorio. El barrunto de una próxima boda servía de comidilla a la población, durante mucho tiempo, pues por grande que fuera la cautela de los interesados, si en los pueblos pequeños es difícil ocultar cualquier cosa, «un proyecto de boda, imposible». Después de celebrada ésta, los comentarios aun se prolongaban tanto que a veces duraban más que la luna de miel.

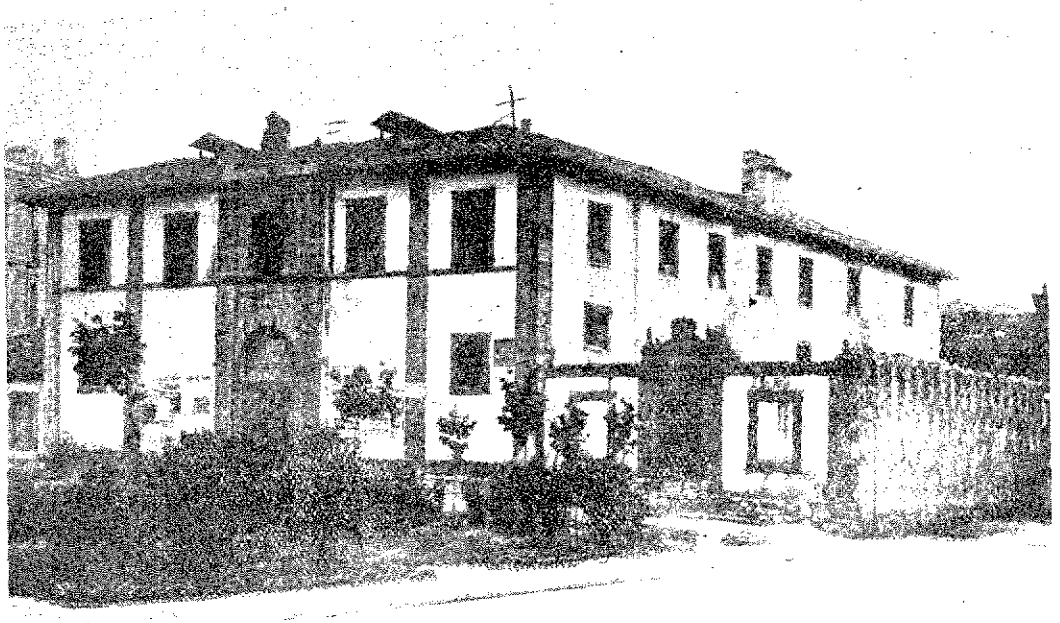
No vaya a suponerse que las señoritas de la buena sociedad fuesen muy escogidas para casarse. Con su visión realista de la vida no aspiraban a ningún príncipe ruso y se contentaban con al-

guno de los muchos ricos indianos que por entonces empezaban a fijar su residencia en Oviedo, sin reparar en pelillos de diferencias de edad, de un pasado más o menos oscuro y, hasta si se apura, de disparidad de cultos, puesto que hay que reconocer que la mayoría de aquellos *Vespucios*, como se daba en llamarles despectivamente, a veces sin merecerlo, debido al género de vida que habían llevado, tan sólo atentos a los intereses materiales, venían hechos casi unos ateos del otro lado del charco. Claro que por su tendencia vanidosa a contraer nupcias con las hijas de las familias distinguidas de la capital, calificadas por ellos de santurronas, pronto aparentaban reconciliarse con Dios y con la Iglesia, por medio de piadosos donativos que esperaban acaso, para su fuero interno, les fuesen algún día remuneradores en el otro mundo, sin pensar que, como ya había dicho el Arcipreste de Hita, no se compra con dineros el «parayso». Y a fin de cuentas, no resultaba su matrimonio muy desigual, pues si ellos tenían tan averiado el cuerpo por los ardores tropicales, no menos averiados tenían ellas sus caudales.

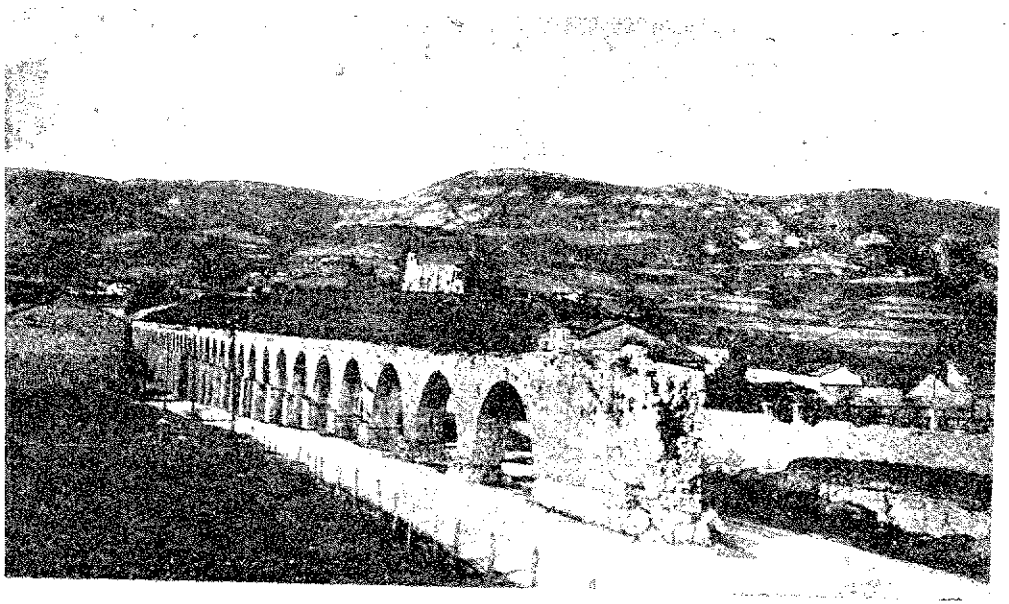
En cuanto a pueblo culto, Oviedo ya disfrutaba fama de serlo mucho, debido al influjo de nuestra Universidad literaria y a los Estudios de la Compañía de Jesús, de donde salieran sabios teólogos, doctos jurisconsultos, famosos escritores y humanistas tan notables como D. Rodrigo de Oviedo y Portal y los hermanos Canga-Argüelles. Además había prendido bien aquí la semilla de la «aufklärung» o «ilustración» que tan acreditados representantes tuviera entre nosotros—Feijóo, Campomanes, Jovellanos, Martínez Marina— irradiando sus luces hacia toda España. La Universidad, si no gozaba ya del prestigio que alcanzara en la época de Feijóo, cuando «Oviedo era, según el doctor Marañón, no digamos la Atenas de España, pero sí uno de los escasos islotes que emergían en el mar de la ignorancia nacional», prestigio del que se hiciera eco cierto caballeresco personaje de una celebrada novela del siglo XVIII, ni se veía circundada de una brillante aureola de saber, como posteriormente en la época de «Clarín», cuya influen-

cia sólo tiene par, a juicio del mismo doctor, «con la autoridad con que desde el mismo Oviedo, hablara a los españoles un siglo más atrás el padre Feijóo», por lo menos contribuía nuestra «alma mater» a mantener el dictado de «culta» sobrepuesto al nombre de nuestra ciudad, cuyos hijos se encargaban de *corroborarlo*, ya que, como siempre, Oviedo no estaba ausente de la alta vida política e intelectual de la nación. No hacía mucho que habían muerto, y casi en el mismo año, dos ilustres ovetenses, el conde de Toreno y D. José Canga-Argüelles, pero contábamos ya con otro famoso ministro de Hacienda, D. Alejandro Món, y asimismo con un filósofo, nacido a primeros de siglo en modestísimo hogar de uno de los suburbios de la urbe, el jesuíta P. José Fernández Cuevas, prosélito de Suárez y a quien cabe considerar, en sentir de Menéndez y Pelayo, como el iniciador de la restauración escolástica en España; igualmente contábamos con un literato académico, D. Jerónimo de la Escosura, al que, por un simple «Compendio de la Historia de España», se le habían abierto las puertas de la Academia de la Lengua como miembro de número; con un dramaturgo local, después laureado novelista nacional, D. Ceferino Suárez Bravo; con un gran periodista político, D. Juan Alvarez de Lorenzana, y, por ventura, con otras personalidades más cuyos nombres no se me vienen ahora a las mientes.

Pero no todo han de ser flores y algunas cosas desagradables habrá que referir de nuestros convecinos, si hemos de ser imparciales. Una de ellas, relacionada con el culto de Baco, que no se sabe quién lo había introducido en la ciudad, era—casi me resisto a estamparlo en letras de molde—la fea costumbre de utilizar como urinarios las rinconadas de los caserones de los nobles, sin propósito deliberado, claro es, de inferir ofensas a su linaje. Los más quisquillosos de estos próceres ponían el grito en el cielo, que nunca llegaba a oídos del Ayuntamiento, verdadero responsable de tales extralimitaciones, por deficiencias que saltaban a la vista de un servicio municipal tan imprescindible en un país donde se hacía gran consumo del *vinum ex malis*, como llamaba Plinio al fer-



Del Oviedo de Palacio Valdés. – La cárcel-fortaleza, en el lugar que ocupa hoy la Telefónica



Del Oviedo de Palacio Valdés. Los «arcos de los Pilares.»

mentado zumo de la manzana, y habida cuenta además de las propiedades diuréticas de tan generalizada bebida, hasta el extremo de que cierta linajuda señora hacía colocarse a una de sus criadas, de servicio permanente, en una ventana de la fachada lateral de su palacio a fin de impedir esta clase de profanaciones poliúricas en el rincón donde los transeúntes solían perpetrarlas. Ante tamaño desafuero no pudo por menos de exclamar indignado uno de los más ínclitos caballeros de la ciudad:

—Menos Beocia... y más Atenas!

Otra de las tachas, atribuidas a nuestros ascendientes por historiadores que no nos querían muy bien, era que, como en la mayoría de los pueblos pequeños, donde todos se conocen y se sabe la vida y milagros de cada uno, el pecado capital de la envidia, de «non videndo», es decir, de no poder ver con buenos ojos las dichas ajenas, asomaba de vez en cuando su cabezuca miserable por sobre la masa de vecinos de la muy heroica y muy leal ciudad, pero, en honor de la verdad, debe hacerse constar que en seguida tenía que retirarse avengonzado, al no darle cabida pechos tan generosos como los de aquel noble vecindario. Así que una ola de rubor solía venir a Oviedo cada vez que la suerte favorecía a un ovetense más de lo justo. «Si a uno le tocaba la lotería, —dice Palacio Valdés—si a otro le daban un buen empleo, si el de más allá se casaba con una mujer rica o se hacía famoso por su talento, la delicadeza exquisita de los habitantes de Lancia (Oviedo) se sobresaltaba y procuraba, rebajando el dinero, el talento, la instrucción o la industria de su vecino, poner las cosas en su verdadero sitio. Tal sentimiento puede equivocarse fácilmente con el de la envidia. El verdadero observador comprendería, no obstante, al oirlos disertar en las tertulias de las tiendas y en los corrillos de la calle, que sólo el amor, acaso demasiado ardiente a la justicia, les obligaba a minorar los méritos de su convecino y renunciar de este modo generosamente a la parte de gloria que a ellos pudiera refluir por este concepto».

Declara asimismo Palacio Valdés que en el Oviedo de sus años

de adolescente abundaban los espíritus humorísticos—como desde luego abundan en toda Asturias—, aunque mejor que de humorísticos los calificaría yo de festivos, zumbones, dicaces o satíricos. Porque muchas veces se llama *humor* a lo que sólo es buen humor, chanza o simple guasa. El verdadero *humor* no anda por la calle: es una planta harto delicada que sólo florece en ciertos espíritus superiores, sin que niegue yo que éste no sea un clima apto para el humorismo. Pero no confundamos las cosas. Recuerdo a este propósito lo sucedido hace muchos años en el Ateneo popular gijonés. Había sido invitado a dar una conferencia *antiflamenquista*, su punto fuerte, el conocido y brioso escritor Eugenio Noel. A la semana siguiente fué invitado don José Ortega y Gasset, quien pronunció una conferencia memorable, como todas las suyas, sobre no sé qué tema filosófico. Antes de la disertación y en una de las salitas del Ateneo varios socios hacían comentarios, delante de Ortega y Gasset, sobre el antiflamenquismo de Eugenio Noel, cuando de pronto aquél, en medio de un respetuoso silencio, declaró de una manera tajante:

—Todos los *anti-* me son antipáticos. No hay ningún *anti-* bueno.

Y uno de los miembros de la Directiva le atajó:

—Hombre, don José, no todos; alguno hay bueno.

—¿Cuál?—interrogó rápido y con mirada inquisitiva don José.

Y el interpelado repuso con aplomo.

—La antipirina.

Don José, un poco desconcertado ante esta *boutade*, puso mala cara y los circunstantes, que pugnaban por reir, procuraron disimular tan enojosa escena. ¿Qué había ocurrido aquí? Pues... que la grave y árida Castilla se había enfrentado inesperadamente con el *humor asturiano*, o como quiera llamarse.

Sin embargo, sería injusto no reconocer que los ovetenses tienen muy desarrollado el sentido de lo cómico, y aun más el sentido crítico, efecto de inveterada habitualidad a situarse como espectadores ante el mundo circundante; pero el que sobremanera

encarnaba en ellos era el espíritu de Momo, a juzgar por su propensión a la burla y a las bromas colectivas, algunas de las cuales se hicieron famosas en los fastos locales. Una de las derivaciones de la burla ovetense tenía su más genuina concreción en los apodos. Impuestos con más o menos donaire, tanto a indígenas como alienígenas, pocas personas se escapaban sin él. Algunos de carácter ofensivo y soez—manifiesta nuestro novelista—pesaban siempre como losa de plomo sobre la felicidad de muchas respetables familias.

Yo tengo para mí que esta mala costumbre de los apodos, que inflige una especie de muerte civil a las personas, dimana en los ovetenses de muy antiguo, acaso de la época fundacional de la ciudad. Tal vez aquel rey de Asturias, hijo de Alfonso I el Católico, que nadie sabe cómo se llamaba y que sólo es conocido por el sobrenombre de *Mauregato*, haya sido, con perdón de los de Pravia, un rey de Oviedo—que existía desde Fruela—y de los ovetenses recibiera el apodo de *mauri-captus*, o cautivo del moro, que anuló por completo su personalidad. Y digo *mauri-captus*, porque no creo que hubiera ninguna mora por medio, como cuenta la tradición.

Mas, no obstante redundar Oviedo de escolásticos, como solían llamar los griegos a los ociosos, y decirse, conforme a las palabras de Maquiavelo en «El Príncipe», que la ociosidad es causa del desorden y corrupción de las ciudades, distaba bastante de ser la nuestra, en punto a moralidad, aquella «ciudad hipócrita y corrompida» que ha supuesto el autor de cierto manual de historia literaria. Si el simpático personaje clarinesco don Cayetano Ripamilán se lamentaba una vez de vivir en «una sociedad hipócrita, triste y mal educada» sus censuras iban dirigidas principalmente a determinado sector social por él frecuentado, a lo que pudiéramos llamar pequeño «gran mundo» vetústense, sin pretender hacerlas extensivas a toda Vetusta.

Un pueblo que ríe, como el nuestro, no es un pueblo hipócrita, ya que la risa es el arma más eficaz «para sacudir el yugo de la

hipocresía». Más bien habría que situarlo en el polo contrario, pecando de demasiada franqueza, puesto que los vecinos solían decirse las verdades a la cara y *coram populo*, y a menudo con tanta gracia que nadie tenía por qué sentirse molesto, aunque *otra* le quedase dentro, sobre todo en los corrillos de Cimadevilla, el sabroso mentidero de la ciudad. En cuanto a corrupción de costumbres, si de las flaquezas de la carne se trata, no eran éstas ¡válgame Dios! ni más ni menos que las de todas partes y de todos los tiempos. La tierra de Alfonso el Casto no servía de piedra de escándalo a nadie. Lejos de eso, era una ciudad tan púdica la nuestra que, cuando se erigieron en el paseo del Bombé algunas estatuas de bronce representando a ciertas figuras femeninas del paganismo con los paños algo caídos, se sonrojaron tanto las mejillas de los vecinos que se produjo grave escándalo en la población. Complicaciones mayores sólo se daban en las novelas, sin que llegue uno a explicarse por qué en las de ambiente local resultaba ser el de la infidelidad conyugal el tema preferido por nuestros mejores novelistas.

Por último, alguien se ha aventurado a presentar a nuestro pueblo por aquel tiempo como afectado de falsa religiosidad, tildándole de gazmoño y mojigato, sin duda bajo la mágica sugestión de ciertas versiones novelescas, un tanto deformadas, del medio local. Sobre eso no me cabe decir otra cosa que, como la conciencia del prójimo es impenetrable, habrá que atenerse de buena fe, en tan delicada cuestión, a los signos exteriores y, juzgando por ellos, bien patentes se hacían entonces los sentimientos religiosos de nuestra ciudad, al verse siempre atestadas de fieles las iglesias, como en la misa de doce de la Catedral, las procesiones concurridísimas y frecuentados los sacramentos. No digo yo que no hubiera vecinos frívolos e indiferentes que acudiesen a los cultos sólo por el buen parecer o por no desentonar del ambiente levítico que les rodeaba, pero eran casos contados que, como en todas las manifestaciones de la vida, confirmaban la regla, siendo impertinente y poco caritativo permitirse dudar de la sinceridad

de las creencias de los demás. Cada uno de nosotros tiene a su cargo la cura de su alma y con ello ya tiene bastante.

Bueno será, para terminar, dado que Oviedo no constituía entonces ni mucho menos un cantón independiente, decir algo, aunque sea a la ligera, acerca de la situación general de la España contemporánea, a modo de marco histórico donde quede encuadrado este rincón provinciano del Finisterre hispánico. Reinaba a la sazón la exuberante y fastuosa Isabel II, aquella niña que a tan estrecha tutela y severo régimen tuviera sometida nuestro *divino* Argüelles. Turnábanse en el Poder dos partidos de ideas bastante templadas, el de la Unión liberal y el moderado, o sea, el general O'Donnell y el general Narváez. Si bien O'Donnell era la figura visible de la Unión liberal, el alma de ella lo era un astuto político asturiano, D. José Posada Herrera. Corriendo el verano de 1858 sucedió un acontecimiento extraordinario en nuestra ciudad. Vino a Oviedo la Reina, con su real consorte, deseosa de conocer una provincia tan ligada a la monarquía y de paso a darse el placer de tomar baños en Gijón. Traía consigo un cronista oficial, y entre nosotros fué recibida con «tan delirante entusiasmo» que, según la fraseología de un periódico coetáneo, debía considerarse, «dado el carácter reconcentrado de los ovetenses, que tan mal se adaptan a la fórmula estrepitosa de las aclamaciones populares» como «el líquido que rebosa de un vaso demasiado lleno, como el desbordamiento de un corazón que no cabe en sí mismo». La Reina llegó en *veloz* silla de posta por la carretera de Castilla e hizo su entrada triunfal en la urbe por la calle de la Luneta, dirigiéndose directamente a la Catedral. Al paso de los Reyes, se les arrojaba desde los balcones de la carrera, en vez de flores naturales, multitud de flores retóricas, esto es, poesías lujosamente editadas y debidas a la inspiración de jóvenes vates locales. Uno de los días de su estancia en nuestra capital, la graciosa Soberana, tocada con la airosa mantilla española, tuvo a bien recorrer a pie las principales calles y plazas de la ciudad, a saber, San Juan, Platería, Plazuela de la Catedral, Alvarez Acevedo, calle Canóniga, San Antonio, Ci-

madevilla, Plaza, Magdalena, El Fontán, Rosal, los Pozos, la Picota y la plazuela de Porlier. Fué todo aquello un derroche de entusiasmo y de poesía. ¡Pueblo voluble que a los pocos años habría de arrastrar por las calles de Oviedo el busto de Isabel II, amarrado con una soga al cuello!

El año anterior había nacido el Príncipe de Asturias, luego Alfonso XII, al que los ovetenses tuvieron el gusto de ver, con ocasión de la visita de los regios viajeros, en brazos de su nodriza, de paseo por el Bombé, vistiendo un lindo traje de labrador del país y llevando calzadas las «almadreñitas» que le regalara un anciano campesino astur. Con cierta sensiblería hubo de decirse, al día siguiente de la noche de su llegada, que por primera vez había reclinado su cabecita el tierno Príncipe de Asturias en la cuna... de la monarquía española. Pues bien; con el nacimiento de este real infante se despejaba la enrarecida atmósfera palatina tan preocupada siempre por el problema sucesorio. Se atravesaba, por tanto, en toda la nación, una era de relativa paz, a pesar de la «vicalvarada», las «polacadas», los brotes de republicanismo y los disturbios carlistas. España empezaba a progresar y enriquecerse y con la proyectada guerra de Marruecos se procuraba exaltar el patriotismo de los españoles, a fin de crear la unidad de sentimiento nacional que redujera un tanto las tradicionales divisiones del país. Con todo, al decir de algunas gentes proféticas, nos hallábamos sobre un volcán, que pronto habría de hacer erupción, como, en efecto, lo hizo en 1868.

Y dentro de este marco de tonos mates, con su aire patriarcal y conservador de siempre, se iba desenvolviendo en nuestro pequeño pueblo, de principio a cabo de año, aquella vida gris que pretendí plasmar en estas páginas, vida monótona, vegetativa, brumosa, soñolienta, tan sólo animada por los rayos del buen humor que, como un sol jubiloso, lucía indefectiblemente, a falta del otro, en el alma de los ovetenses.

* * *

En fin, hora es ya de poner término a esta perspectiva histórica que de nosotros dista casi un lapso de cien años. Si Palacio Valdés no nació materialmente en Oviedo, puede afirmarse que en él renació espiritualmente, habiendo sido su blando espíritu, en el período prehistórico de su infancia, modelado por el de nuestra ciudad. Tan adentro le entró Oviedo que este nombre frecuentemente acudía a los gavilanes de su pluma, y en los postreros tiempos, ya octogenario, aun se complacía en evocar pintorescas escenas ocurridas en la capital de su querida provincia, la «más española de las provincias españolas, cuna de la Reconquista después de la invasión de los árabes, donde se guardaba la fabla castellana de los remotos siglos; región sagrada, intangible, donde ni los romanos, ni los agarenos, ni los franceses, han logrado asentar las plantas». De ahí que nos haya dejado el insigne novelista asturiano una visión simpática y realista del Oviedo de sus tiempos felices, adobando su sabroso relato con aquellas especias irónicas que bien a las claras delatan el cuño «casero». El mismo ha confesado en varias ocasiones ser un hijo intelectual de Oviedo. «Benévolos críticos—nos dijo la última vez—han descubierto en mí facultades de humorista. Yo no dudo que estas facultades las debo a mi permanencia en Oviedo durante los años de mi adolescencia y primeros de mi juventud».

Y con esto sólo me resta añadir a cuanto queda dicho que si el cuerpo perece o se transforma—aplíquese a nuestra urbe—el espíritu permanece. En ese sentido tenían mucha razón los romanos al aseverar que ellos no habían destruído a Cartago, puesto que, según Montesquieu, «ils avaient promis de conserver la cité, et non pas la ville». Así nosotros podemos decir también que, si la urbe ha cambiado, y no ha de negarse que ha cambiado bastante, la ciudad, nuestra ciudad, continúa siendo poco más o menos la misma.